

quinalmente los pliegues de la falda, Perrinette le dejaba decir, pero aquel silencio equivalía á un consentimiento. Una repentina ternura le inundaba el corazón. ¡ Hacía tanto tiempo que nadie le hablaba de amor !

VII

Próspero y Perrinette se instalaron en la parte alta del *faubourg du Temple*, en un quinto piso. ¡ Hermosas vistas ! Sobre un océano de techos y de chimeneas se destacaban las torres de Nuestra Señora y la cúpula del Panteón. La habitación se componía de dos cuartitos caldeados por una estufa de loza ; pero ¡ necesita tan poco sitio la felicidad ! La amante Perrinette adoraba á su Próspero á los ocho días. Todo cuanto había en ella de « pueblo » se despertó en la joven, que abandonó sin pena alguna el obrador y se puso á trabajar en su casa. Sus ganancias eran módicas, pero ¿ qué importaba ? El carpintero ganaba lo bastante para él y para su mujer y para pagar la nodriza del niño. Y luego, ¡ al diablo los adornos ! lo esencial era que la casita estuviese limpia y arreglada y que su hombre encontrase caliente la

sopa al volver. Perrinette lavaba la ropa y se sentía dichosa con sus pobres atavíos de mujer casera. Además su Próspero tenía todas las cualidades; jamás se ponía á medios pelos, ni aun los lunes, y siempre entregaba intactas sus semanas. Por otra parte, ¡era tan delicado! nunca decía una palabra que pudiese recordar á su mujer su pasado de locuras. Es verdad que no iba con ella á ver al chiquillo á Palaiseau; pero, la verdad era que no había para qué ser demasiado exigente y que de todos modos la nodriza estaba pagada al corriente. Algún defecto tendría sin duda Próspero, como todo el mundo; la profunda arruga que atravesaba su frente era señal, por de pronto, de que no debía ser nada dulce cuando montase en cólera. Pero con su mujercita era un verdadero cordero; hablaba siempre con ella con dulzura, apenas la tocaba, como si tuviera miedo de romperla con sus manazas y tenía para ella caricias propias de un gran perro jugando con un niño. Perrinette experimentaba además satisfacciones de amor propio, porque todo el mundo la creía casada. Los vecinos y los tenderos de los alrededores la llamaban señora y esto le halagaba.

El niño Cristián, una vez criado, fué llevado á casa del carpintero, el cual le hizo buena acogida, le cogió en brazos, hasta le besó, y dijo

riendo á carcajadas: « ¡ Buen muchacho ! » Pero Perrinette creyó que Próspero reía demasiado fuerte y estuvo inquieta desde el primer día. El buen hombre había prometido amar al niño como si fuese suyo; pero ¿ era eso posible?

La pobre madre fué prudente, tuvo buen tacto y no dió rienda suelta delante de Próspero á su amor ni á su admiración por la criatura á la que adoraba y que, realmente, era hermosa. Próspero, por su parte, se contenía y disimulaba la penosa impresión que le producía el niño, pero amaba demasiado á Perrinette para no estar celoso de ella y para perdonar á aquel hijo de un feo pasado. Al volver del trabajo daba un beso en la frente al niño, pero la madre veía claramente que lo hacía como imponiéndose un deber. Al oír los llantos del muchacho y al sufrir las pequeñas molestias que necesariamente había de producir su presencia en la reducida habitación, Próspero reprimía, siempre á tiempo, un movimiento de mal humor, una palabra de impaciencia que asomaba á su labios; pero aquel esfuerzo no escapaba á la penetración de Perrinette. Y cuando la joven, dominada por el amor maternal, besaba apasionadamente á su hijo, veía siempre hacerse más profunda la arruga de la frente de Próspero.

« Jamás le querrá » pensaba con profunda tristeza mientras acunaba al pequeño.

Mucho tiempo transcurrió sin que cesase, ni se atenuase siquiera este estado de cosas. Aquel niño era un estorbo, un obstáculo entre Próspero y Perrinette, lo que no impedía que, bien cuidado por su madre, la criatura fuese creciendo y formándose los rasgos de su fisonomía, que recordaban á Perrinette los del hombre que la había abandonado. Esta fué una nueva causa de pena y aun de cierta repugnancia para la joven. El niño comía ya á la mesa, sentado en una silla de brazos, y un día en que su madre le contemplaba distraída, con el espíritu entregado á vagos recuerdos, Próspero dijo de repente con voz en que se traslucía la malevolencia :

« La verdad es que maldito si se parece á ti el chiquillo. »

— ¡Pobre hijo! no tiene él la culpa, respondió la joven ruborizándose.

Desde ese momento adquirió la certidumbre de que la vista del niño se hacía poco á poco un suplicio para Próspero y de que ella perdía á causa de esto, de día en día, la confianza y la ternura de su hombre. La dicha del hogar estaba ya envenenada; perdida la felicidad tranquila de la madre de familia en que la

pobre joven se había con tanto gusto refugiado.

Entonces se le ocurrió una idea; la de informarse de lo que había sido del padre de Cristián, escribirle la verdad entera y suplicarle que se encargase de su hijo. Mucho le quería y su sufrimiento sería horrible al separarse de él; pero, con todo, lo haría en interés del mismo niño, Aunque la tentativa tenía pocas probabilidades de éxito, Perrinette se atrevió á confiar á su amante su proyecto.

Desde las primeras palabras el obrero montó en cólera :

« ¿ Estás loca? exclamó. ¿ Qué puedes esperar de ese estúpido señorito que te ha abandonado con tu rorro? Además, te prohíbo, ¿ entiendes? te prohíbo que escribas á semejante individuo... Si por acaso se arrepiente de su mala acción, peor para él... Ha perdido tus huellas y las de su hijo y me alegraría infinito el saber que os buscaba en vano y que esto le hacía sufrir... Así me vengaría de él... Porque le odio, detesto á ese hombre á quien no he visto y cuyo nombre no quiero saber... Sí, le odio al pensar que era más joven y mejor educado que yo y que antes que yo te ha poseído... Mentía cuando te hablaba de su amor, pero estoy seguro de que sabía hablarte de él mejor que yo, que soy sincero... »

¡ Qué mal has hecho al recordarme todo esto! Te he cumplido hasta hoy mi palabra y nunca he aludido á tu pasado; pero ya que me obligas á ser franco, sí, me hace daño ver siempre entre los dos al hijo de otro. Creí que acabaría por acostumbrarme y hasta por tomar cariño á esa criatura... pero no he podido. Bien sé que él no tiene culpa alguna, pero yo tampoco. Así pues, todo lo que puede suceder es que no le quiera; ni más ni menos. Así viviremos, lo que no te impide quererle tú ni ser buena madre. Pero no me hables nunca, ¿ entiendes? del padre de ese muñeco; porque la cosa se pondría fea y acabaría por tomarle odio. »

Como era de suponer hacía mucho tiempo, el carpintero empezó muy pronto á manifestar su antipatía con cualquier motivo y fué severo y hasta injusto con el niño. Á la más pequeña falta le echaba una mirada amenazadora y le dirigía advertencias con voz terrible. Por desgracia el muchacho, de tres años apenas, no era de carácter muy dócil, tenía ya una carilla de voluntarioso, con espesas y negras cejas — las cejas de los Lescuyer — y representaba más edad de la que tenía. Con la tranquila inadvertencia de la niñez « respondía ; » hacía frente á los regaños del carpintero y le decía : « ¡ Pero, papa !... »

palabra que exasperaba en alto grado á Próspero. Todos los días había una escena. « ¡ Qué sucio es este niño para comer !... ¡ Cómo ! las nueve y no está acostado... ¡ Cuándo dará las gracias este muñeco !... » Y la funesta arruga de su frente se profundizaba. Una noche, estando á la mesa, el niño le respondió con poca política y Próspero le dió un bofetón.

— « ¡ Oh ! ¡ Próspero ! exclamó Perrinette espantada.

— ¡ Bueno ! ¿ Y qué ? respondió groseramente el obrero. ¿ No se puede ya educar á los niños ? Si mi padre no me hubiera pegado un cachete de vez en cuando, valiente individuo hubiera yo sido. ¡ No llores, chiquillo, ó te doy otra ración. »

Al día siguiente se repitió la escena y el pequeño, brutalmente castigado por insignificantes pecadillos, se volvió sombrío y dejó asomar á los ojos un rayo de ira cuando miraba al que tenía por su padre. Perrinette trataba siempre de intervenir, pero una mirada de Próspero le contenía y le imponía silencio. La infeliz era muy desgraciada al tener que mimar á su hijo ocultamente y que esconderse para llorar. Amaba al niño y quería defenderle, pero seguía estando enamorada de Próspero y disculpaba su odio hacia el hijo de un extraño.

De repente, la miseria se presentó á agravar la situación. La guerra y después el sitio de París redujeron los ingresos de la casa á un franco y cincuenta céntimos al día. Mientras Perrinette, perdida ya toda coquetería y nada bella, salía á la calle en chambra para hacer cola en la puerta de un vendedor de carne de caballo, Próspero, que había empuñado el fusil de la guardia nacional, se encanallaba en el ocio, bebía copas tras copas en las fortificaciones y volvía á su casa con la cara enrojecida y aires de violencia. En tanto el pequeño Cristián, por necesidad abandonado, se hacía un muchacho de la calle, casi un pilluelo del arroyo.

Durante toda aquella horrible época, hasta fin de mayo, pues Próspero permaneció en los batallones de la *Commune* para cobrar la paga, la casa fué un infierno.

Sin embargo, el carpintero metió á tiempo en un rincón el quepis y la blusa de federado, volvió á encontrar trabajo y todos entraron de nuevo en una vida arreglada. La casa volvió á presentar un poco de orden y de aseo y Perrinette recobró alguna influencia sobre Próspero; pero, decididamente, éste no perdonaba á Cristián. No le dirigía la palabra más que en el tono duro y breve del mando y le levantaba la mano con los

más fútiles motivos. Aquella mano amenazadora no siempre caía, es cierto, sobre el muchacho, detenida por una mirada suplicante de Perrinette, pero Cristián, siempre tratado con rudeza y á veces maltratado, vivía en perpetuo terror y á cada llamada brusca de su padre sentía un vivo sobresalto y presentaba el brazo como para defenderse de un golpe.

Por fin una desgracia horrible, la peor de todas, acabó de anonadar al pobre niño.

Una tarde volvió de la escuela con la cara enrojecida y quejándose de dolor de cabeza y por la noche se presentó el delirio. Tenía la escarlatina y la madre, que le cuidó asiduamente, adquirió el contagio de la enfermedad y murió de ella en tres días. — ¡ Pobre Perrinette! ¡ Un alma extraviada, pero perdonada, ¿ verdad, Dios de justicia y de misericordia? ¡ Perdonada! — El niño, que tenía á la sazón seis años, curó y siguió viviendo.

Desde entonces, sólo la presencia de Cristián enloquecía á Próspero de dolor y de rabia. Por el amor de una mujer había aceptado y sufrido aquel bastardo, y la mujer había sucumbido por su causa, muerto por él. ¡ Y tenía á su cargo semejante monstruo, que le llamaba papá y acaso se asombraba de no ser amado! ¡ Oh! Esto era

muy duro! Después de todo aquel muñeco era enteramente extraño á él y no tenía más que enseñarle la puerta y decirle: « Largo de aquí. » ¡Ah! si no hubiera sido el recuerdo de su madre...

Una voz secreta murmuraba aún de vez en cuando en el fondo de la conciencia de Próspero: « Es un inocente. » Por un resto de escrúpulo, retuvo al niño á su lado y se ocupó de vestirle y alimentarle. Y los vecinos compadecían al pobre viudo, de aspecto tan triste, y le detenían en la escalera para hablarle de su querido niño.

Próspero le execraba.

¡Oh! Nadie ya impedía que cayese, siempre que se levantaba, la pesada, la dura mano del carpintero. Acribillado de golpes, Cristián tenía la espalda arqueada y la mirada inquieta de un perro maltratado.

El pobre niño estaba encargado de preparar por la noche la comida. « ¡Espantajo! había pensado Próspero; es para lo menos que puede servirme. » Y la vuelta del obrero, siempre retrasado y á veces excitado por dos ó tres copas de ajeno, porque bebía desde la muerte de su mujer, era un momento terrible para el huérfano.

Á la primera cucharada de sopa decía:

« Pero ¿ qué es esto? ¿ Soy yo algún animal para que me den este pienso? »

— Pero, papá... Te estoy esperando hace una hora...

— ¡Cómo! ¿Qué? ¿Estaré acaso á las órdenes de este chicuelo? »

Si el niño, aterrado, callaba:

— Pero ¿ respondes, maldito, en lugar de mirarme con esa sorna? »

Y los golpes llovían á más y mejor.

El niño estaba desesperado. Imagínese todo lo que hay de horrible en la asociación de estas dos palabras: infancia y desesperación. Se volvió mudo y uraño. En la escuela el maestro, que era un majadero, tomó tirria á aquel silencioso, á aquel salvaje y se burló de Cristián delante de sus compañeros, los cuales hicieron de él, cobardemente, una especie de paria.

La escuela llegó á serle odiosa y un día, temeroso de pasar de la puerta, no entró y se pasó el día vagando por las calles. Aquella escapada le valió un severo castigo del maestro y una turibunda zurra de Próspero, pero había llegado á ser insensible á los golpes y reincidió en *los novillos* muchas veces. ¡Eran tan agradables aquellas horas pasadas en la calle, entre la multitud, lejos del maestro malintencionado, de los crueles alumnos y del padre feroz! Pero pasaban rápidos los momentos de libertad y envenenados por la certidumbre del próximo castigo.